

HUGO CORREA

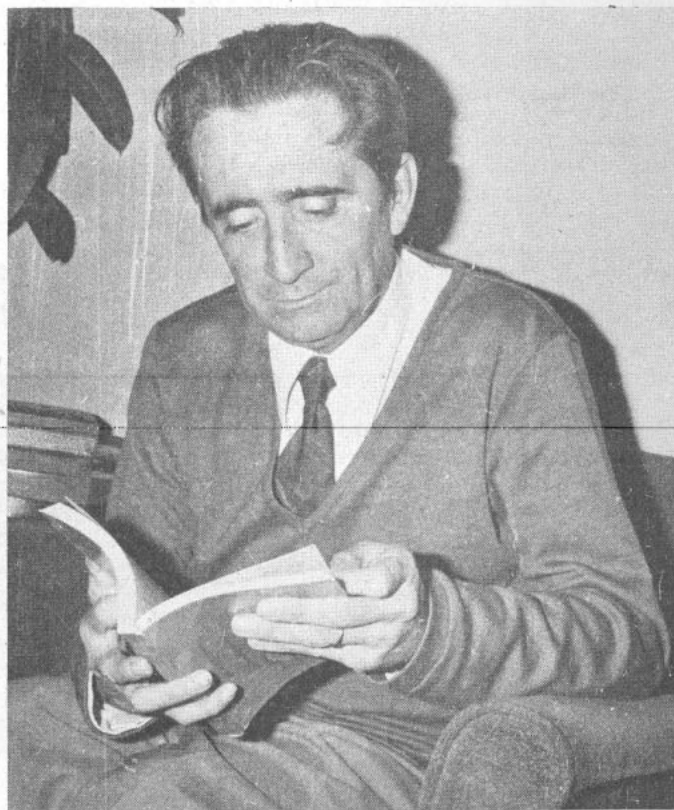
a la ciencia-ficción a través de satanás

Su aparente debilidad física esconde una personalidad de variados matices: con imaginación y sensibilidad, este escritor incursiona en el mundo de la fantasía partiendo de una realidad a veces demasiado tangible, como la del recinto donde trabaja para ganarse la vida. El lego tiende a imaginarse al creador rodeado de belleza y protegido en cierta forma de todo cuanto pueda obstruirle el camino en su búsqueda del arte. Pero la mayor parte de las veces no es así.

Entramos al edificio donde funciona la Consejería de Desarrollo Social. Frío, oscuro, y con un solo ascensor que tarda en llegar, los más prefieren subir por las escaleras. Una vez en el 3er. piso, puertas a ambos lados, pero ninguna señal. Los escritorios de aquéllos a quienes se suponía en una labor de información, desocupados. Pasadizos con iluminación tenue, uno que otro tecleo de máquina, más allá el sonido de una radio, alguien que habla por teléfono, otro que bebe café acompañándolo de galletas María... Una oficina pública, al fin y al cabo, en la que abrimos y cerramos puertas hasta llegar a una amplia habitación uno de cuyos tres escritorios está ocupado por el precursor y principal exponente de la literatura chilena de ciencia-ficción. Ante el ambiente que lo rodea y su aparente contrasentido, le preguntamos cómo es que no ha escrito más bien obras de terror. Su respuesta es resignada: "Uno se acostumbra a todo en la vida"...

Nacido en Curepto —provincia de Talca— hace 47 años, recuerda con nitidez su infancia en el campo, donde las leyendas acerca de los espíritus del lugar echarían fuertes raíces en su mente, al punto que hay quienes sostienen hoy día que en toda su obra hay un trasunto demoníaco. Hace memoria también de las historias de aparecidos que su "ñaña" le contara de pequeño, y de cuando a los siete años de edad se había transformado en el mejor narrador de cuentos del barrio, al extremo que el vecindario lo "pedía prestado" a sus padres. Sus primeros cuentos llevados al papel datan de esa misma época, aunque su estricto sentido de autocrítica lo llevó a romper todo cuanto en ese tiempo había escrito.

Su marcada vocación por esta literatura del más allá le impidió siquiera pensar en otra actividad: estudiaría tres años de Derecho, abandonándolo a causa de ésta, su verdadera pasión. De allí en adelante no tuvo otra meta que la de concretar en múltiples obras ese mundo de copio-



sa fantasía, y sus creaciones han cruzado las fronteras nacionales para llegar a Estados Unidos y a Europa donde se han dado a conocer en importantes revistas.

Colaborador de "El Mercurio" en 1967; redactor de "La Nación" un año más tarde, y actualmente columnista de la revista "Ercilla", el periodista especializado en asuntos científicos e insólitos y escritor de ciencia-ficción ha publicado innumerables cuentos y novelas (su obra "Los Altísimos" es considerada la primera novela chilena en su género) y tres obras de teatro. Incluso existe interés por filmar su novela "El que merodea en la lluvia". Premio "Alerce" por una sus primeras obras novelistas el año pasado. Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso contrató la edición de TODA su obra, hecho que algunos han calificado de "nunca visto en nuestro país".

Y ahí sigue sentado detrás de su escritorio, este hombre de pequeña estatura y de imaginación gigantesca, íntimamente melancólico pese a su sentido del humor, amante de la soledad pero amigo de la amistad, que admira al Greco, a Bosch y a Grönwald en el campo de la pintura, y a Brahms, Beethoven, Mahler, Stravinsky, Bartok y Schoenberg entre los músicos ("todo es un asunto emocional más que racional").

—¿Cómo reaccionaban sus padres ante su temprana inquietud literaria?

—Nunca fui apoyado por mi padre; al contrario. El era un conservador de la época, agricultor, y pensaba que el escritor no tenía destino, sobre todo en términos económicos. Sostenía que la literatura a lo más podía constituir un hobby.

—Pero usted realizó su vocación contra viento y marea...

—Sí. Siempre pensé, y lo sigo pensando, que esto es un asunto de vocación. El escuchar cuentos, y posteriormente contarlos, fue para mí una necesidad. Hoy puedo comprobar, por ejemplo, en mis cinco hijos que a ninguno le ocurre algo semejante. También es cierto que la vocación me arrastró tanto que nunca me pude afirmar económicamente.

—Lo que no parece importarle...

—Claro que no. Esto es más fuerte que cualquiera necesidad material.

—Y esas historias que le contaba su "ñaña" de chico, ¿no lo asustaban... más que atraerle?

—Por supuesto que me asustaban, pero a pesar de ello me atraían terriblemente. Incluso hasta el día de hoy tengo temor de ciertas cosas, y el estar solo en una habitación oscura me produce una sensación extraña. Por sobre todo le temo al imprevisto.

—Y a hora, ¿le cuenta historias a sus hijos?

—No, porque cuando empecé a escribir perdí la facultad de narrar verbalmente.

—¿Le causó Julio Verne un impacto fuerte de pequeño?

—Sí, leí mucho a Verne, lo mismo que a Salgari, pero no crea que sólo me gustaba ese tipo de literatura. A los nueve años me fasciné también con Dostoievsky, Thomas Mann y Allan Poe.

—¿Diría usted que son ellos quienes marcaron en su trayectoria literaria una huella más profunda?

—Destacaría los nombres de Poe y Dostoievsky, sumándole aquellos de Wells, Kafka y Lovecraft.

—¿Cómo definiría la principal motivación de su obra?

—La cosa fantástica, el otro mundo, el más allá.

—¿Solamente en términos científicos o hay alguna implicancia de tipo religioso?

—Indudablemente son conflictos de tipo espiritual. Yendo específicamente a lo religioso puedo decirle que soy cristiano, si bien no me considero un

buen católico. Pero la Divinidad está presente en todo lo mío, lo mismo que el Demonio.

—¿Y cuál es su visión del Demonio?

—Tengo un concepto tradicional acerca de él. Pienso que es el seductor, que en forma astuta y perversa está permanentemente tentándonos. Es el tentador que induce al mal.

—Volviendo al escritor, ¿requiere usted de determinadas condiciones para escribir? ¿Con qué frecuencia lo hace? ¿Cómo se inspira?

—Escribo en cualquier parte, a cualquier hora; no requiero de ninguna condición especial. Pienso que uno siempre tiene tema, al escritor que le falta tema no es escritor. Por otra parte, no tengo la beatería profesional para pensar que la única forma de escribir es ésta: ¡claro que sería bueno también contar con elementos que facilitarían el hacerlo de otra forma!

—¿Qué es lo que más lo inhibe antes de sentarse frente a la máquina, cuando ya tiene el tema en la mente?

—Mi problema más grande es el lenguaje que voy a usar. Creo que éste debe ser funcional al tema y no al contrario. El lenguaje debe cambiar permanentemente.

—¿Quién es el mejor juez de su obra?

—Yo mismo, lo que no quiere decir que no le muestre a algunas personas que me merecen fe las cosas que escribo. Estoy siempre abierto a sus sugerencias, y les hago mucho caso.

—¿Quiénes son esas personas?

—Miguel Arteche, por ejemplo, o Carlos Ruiz-Tagle.

—¿Y qué piensa de los críticos literarios?

—Tengo mala idea de ellos, a pesar de que le confieso que a mí la crítica no me influye. Pienso que tenemos buenos cronistas literarios, pero no críticos.

—¿Y cómo han reaccionado dichos cronistas con respecto a sus libros?

—En general mi obra ha sido recibida fríamente, tanto por gente de derecha como de izquierda. Después de "Los Altísimos", los comunistas no me pueden ver. Y los de derecha... bueno, pienso que no están muy al tanto de la literatura moderna.



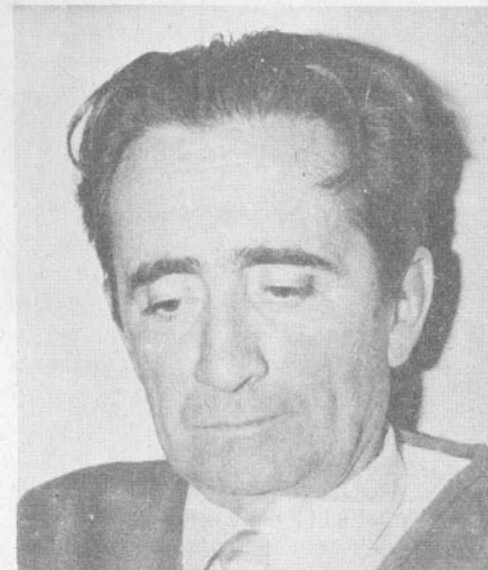
"Ya no cuento lo que me contó mi "ñaña".

—¿No se salva ninguno, entonces?

—No quiero que me interpreten mal, yo les tengo mucho aprecio a todos. José Miguel Ibáñez, por ejemplo, es un muy buen cronista literario. Por otra parte, Alone cumplió con una función importante, que fue la de destacar valores jóvenes, y no veo que ahora se haga nada semejante. Bueno, soy muy amigo de Martín Cerda...

—Pero en definitiva le importa poco lo que digan los críticos...

—Tengo la convicción profunda de



La escritura mató la palabra.

que ni el artículo más elogioso del mejor crítico del mundo va a mejorar una obra mediocre, y que, por el contrario, una obra buena resistirá las peores críticas. Es una valoración accidental para el autor, que actuará más sobre su vanidad que sobre su calidad.

—¿Y cuáles son a su juicio los mejores escritores y poetas chilenos?

—Guillermo Blanco, Miguel Arteche, Alberto Rubio y Carlos Droguett.

—¿Qué es lo mejor que usted ha escrito?

—Me parece que "Los Altísimos", en cuanto a su envergadura, y algunos cuentos que están recopilados bajo el nombre de "Cuando Pilatos se opuso".

—¿Y lo peor?

—No lo he publicado.

—¿Cuáles han sido los momentos más felices de su vida?

—En el terreno personal, el día en que nació mi primera hija; en el campo literario, cuando Bradbury en Estados Unidos opinó favorablemente sobre una obra mía y cuando la revista española "Nueva dimensión" me dedicó un número entero.

—¿Contento con su destino?

—Sí. Elegiría mi vida nuevamente.

—¿Satisfecho?

—No. Pienso que tengo muchísimo por mejorar literaria y humanamente.

—¿Dónde falla fundamentalmente en su aspecto humano?

—Padezco del defecto de la incertidumbre, de la falta de confianza en mí mismo, y por otra parte me dicen mucho —especialmente mi mujer— que soy egoísta. Estoy por creerlo.

—¿Pesimista?

—Por el contrario, muy optimista. La verdad es que amanezco optimista y me acuesto terriblemente pesimista, no sé por qué.

—¿Cómo se define ideológicamente?

—Soy independiente, en cuanto no milito en ningún partido, pero, dada mi condición de empleado de un organismo gubernamental, prefiero no opinar políticamente.

—Pero, ¿cuáles son los valores que usted considera fundamentales en una sociedad?

—La libertad y la democracia.

—Usted que nunca ha salido de Chile, si tuviera la oportunidad de hacerlo, ¿qué lugares elegiría y por qué?

—Elegiría Estados Unidos y España. España por ser la Madre Patria, por lo atractiva que me parece como pueblo, por lo mucho que admiro a su gente, porque es tierra de gran-

des aventureros como Hernán Cortés o Francisco Pizarro, tipos geniales... ¿Estados Unidos? Porque reúne todo lo bueno y malo del mundo. Es monstruoso y por eso es atractivo.

¿QUE ES LA CIENCIA - FICCION?

El escritor norteamericano William Tenn definió a la ciencia-ficción como "la literatura del cambio". Porque, según este autor, "el cambio es el motivo constante de la mayoría de obras de ciencia-ficción: el cambio sobrevenido en la sociedad humana, en la tecnología, en las costumbres. Los cambios ocurridos en la propia estructura del cuerpo y la mente del hombre".

Sin duda ésta es la definición que mejor se ajusta a esta modalidad literaria. Así la ciencia-ficción viene a constituirse en la literatura más representativa de la inquietante época que vivimos. Y, también, se inserta como anillo al dedo en el llamado **impacto del futuro** que, según Alvin Toffler, autor de esta expresión, "es un fenómeno de la época, un producto del acelerado **paso del cambio** dentro de una sociedad. Surge de la imposición de una nueva cultura sobre otra antigua. Es el impacto de la cultura en la propia sociedad".

La ciencia-ficción, entonces, es antes que nada literatura, porque su nombre suele inducir a errores: muchas veces se la confunde con el ensayo científico. Asimismo se la hace nacer de Julio Verne y H. G. Wells. Verne en realidad nunca tuvo una actitud crítica frente al auge tecnológico que previó con tanta lucidez. Como muchos otros utopistas pensó que la ciencia sería la panacea para todas las miserias humanas. Algo parecido fue la actitud asumida por Wells, aunque el escritor inglés en más de alguna ocasión dejó entrever un cierto escepticismo frente al progreso científico.

A la ciencia-ficción le preocupan los problemas humanos del sujeto del cambio, o sea, del hombre. Las teorías científicas, o mejor dicho, el aparato pseudocientífico que muchas veces rodea estas obras, sirve de símbolo, de cata-pulta para plantear conflictos tales como el de la soledad humana, la incomunicabilidad, el amor, etc. Basta leer a Bradbury o Simak para comprenderlo. Porque en materia de posibilidades científicas todo está dicho, en la práctica. Y aunque un escritor expusiera algo nuevo en este campo, tampoco sería la médula de su obra. Verne, en cambio, podía asombrar a sus lectores con la historia del "Nautilus", o el viaje a la Luna, protagonizados por hombres cuyos problemas humanos no eran alterados por las máquinas que utilizaban.

Para escribir ciencia-ficción se requiere talento literario y no científico. Así estos escritores deberán poseer una sólida cultura literaria, y harán mejor en leer a Kafka, Proust, Joyce, Faulkner y otros, antes de meterse a leer esa lista interminable de autores que describen mundos habitados por monstruos de dos cabezas los cuales, no obstante, actúan como si ni siquiera tuviesen una, convertidos en jefes de mafias interplanetarias, o aguerridos Buck Jones y otros inmortales del vaquerismo.

Como en cualquiera otra modalidad literaria existen escritores de ciencia-ficción buenos, mediocres y malos. Porque a ciertos críticos les basta escuchar que tal o cual obra es de ciencia-ficción para calificarla "a priori" de mala. En cambio la novela realista o neo-realista es para los mismos críticos buena en sí, aunque su autor bien puede ser Corín Tellado.

La fuente de inspiración del escritor ha sido siempre el mundo que lo rodea. ¿Y hay algo más impactante en la actualidad que el auge tecnológico? Los escritores y artistas en general no podían permanecer indiferentes ante este fenómeno. De ahí entonces la ciencia-ficción, y el que los temas abordados por sus autores sean siempre universales. Siempre serán los grandes conflictos que aquejan al hombre de nuestros días, apartándose así definitivamente del provincialismo. Porque las comunicaciones permiten al artista actual vibrar con todo cuanto acontece en el mundo, siempre que tenga sus antenas bien dirigidas.

O sea, su vivencia será universal antes que local, sin que por esto descuide lo que ocurre en "su aldea".

Hugo Correa